

La Edad de Oro de las *Geórgicas*, 1.121-154, en la literatura española

Elena HERREROS TABERNERO

elenaherreros@hotmail.com

Recibido: 1 de junio de 2007

Aceptado: 27 de septiembre de 2007

RESUMEN

En este artículo analizaremos la pervivencia del excurso de la Edad de Oro del Libro I de las *Geórgicas* en la literatura española y su contaminación con otros tópicos como la *laus ruris* o el elogio de Italia.

Palabras clave: Virgilio. *Geórgicas*. Edad de Oro. Tradición clásica.

HERREROS TABERNERO, E., «La Edad de Oro de las *Geórgicas*, 1.121-154, en la literatura española», *Cuad. fil. clás. Estud. lat.* 27, 2 (2007) 51-80.

The Golden Age of the *Georgics*, 1.121-154, in the Spanish Literature

ABSTRACT

In this paper it is analyzed the pervivence of the Golden Age excursus of the *Georgics*, book I, in the Spanish Literature and its contamination with other topics as the *laus ruris* or the praise of Italy.

Keywords: Vergilius. *Georgics*. Golden Age. Classic Tradition.

HERREROS TABERNERO, E., «The Golden Age of the *Georgics*, 1.121-154, in the Spanish Literature», *Cuad. fil. clás. Estud. lat.* 27, 2 (2007) 51-80.

SUMARIO 1. Introducción. 2. *Los diálogos de la montería* de Barahona de Soto (1548-1595). 3. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* de Cervantes (1604). 4. *El trato de Argel* de Miguel de Cervantes Saavedra (¿1582?). 5. *Siglo de Oro en las selvas de Erifile* de Bernardo de Balbuena (1605). 6. *El Arte de Putear* de Nicolás Fernández de Moratín (c. 1770). 7. *Las Silvas Americanas* de Andrés Bello (1823-1826). 8. La «Salutación al optimista» de Rubén Darío (1905). 9. Conclusión. 10. Referencias bibliográficas.

1. INTRODUCCIÓN

El mito de la Edad de Oro expresa la nostalgia por un tiempo y un espacio mejor. Tal deseo no es exclusivo de los poetas, es un anhelo que se hace presente en todo ser humano en algún momento de la vida, un intento de trascender los límites de la historia. Sin embargo, ha habido poetas que lo han expresado de una manera tan universal que han adquirido un halo de ensoñación que los conduce a la pervivencia. Tal es el caso del pasaje que estudiamos. Mas la propia universalidad del tema hace difícil distinguir las fuentes literarias de la añoranza del autor. Habría también que diferenciar analogías entre diversas tradiciones culturales, como la cristiana. Naturalmente, nos ceñiremos al mito originado en Grecia y que, sincretizado en Roma, tuvo su mayor representante en Virgilio.

El problema está en deslindar las posibles fuentes, pues la poligénesis es el caso más frecuente de casi todos los textos estudiados. La contaminación suele provenir de la profecía de otro pasaje virgiliano, la *Bucólica IV*, cuya interpretación cristiana desde muy tempranos tiempos la ha destinado a ser uno de los textos más citados y comentados por la literatura occidental. No conviene, por otra parte, olvidar que la propia tradición cultural cristiana, de raíces judías, aportó su propia Edad de Oro, el Paraíso, en el que todo se daba al hombre espontáneamente, reinaba la paz y el hombre no conocía el trabajo; o las profecías de Isaías sobre una vuelta al añorado estado de inocencia (7-11) que tanto se han mezclado con la *Bucólica IV*. También la Tierra Prometida, que ‘mana leche y miel’, podría representar la Edad de Oro (*Éxodo* 3.8 y *Deuteronomio* 6.3). Su transmisión está también muy ligada a otro texto de gran influencia, especialmente en el Renacimiento, el famoso *Beatus ille* de Horacio, de tal manera que la alabanza de la vida sencilla del campo, frente a la corte, y la dicha de la edad primitiva dorada llegan a ser una misma cosa, un mismo anhelo (Picón 2005, pp.259-285).

El excursus sobre la Edad de Oro en las *Geórgicas* aparece tras la exposición de los peligros que acechan al labrador: animales, malas hierbas y sombra. Virgilio trata de explicar cómo y cuándo aparecieron los riesgos anteriormente expuestos. Fue el propio Júpiter quien así lo quiso: *pater ipse colendi / haud facilem esse uiam uoluit* (*Georg.*1.121-122). La Edad de Oro virgiliana va a definirse por negación, esto es, enumerando y describiendo todos aquellos perjuicios y peligros que se originaron tras la pérdida del paraíso, y las habilidades que el hombre tuvo que desarrollar para vencer una naturaleza que ya no le ofrecía espontáneamente los alimentos: *ipsaque tellus / omnia liberius nullo poscente ferebat* (1.127-128). El énfasis está puesto en la lucha del hombre contra la naturaleza hostil y el desarrollo de las diversas artes civilizadoras para vencerla, entre ellas la agricultura. Cierra el excursus una afirmación contundente: *labor omnia uicit / improbus et duris urgens in rebus egestas* (1.145-146). Y será esta lucha épica del hombre con la naturaleza, su acción civilizadora, la aportación más característica de Virgilio al tópico y, por tanto, la que nos ayudará a deslindar y distinguir la fuente virgiliana frente a otras en los diversos autores que a lo largo, y ancho, de la literatura española han revivido el excursus de la Edad de Oro.

2. LOS DIÁLOGOS DE LA MONTERÍA DE BARAHONA DE SOTO (1548-1595)

Los *Diálogos de la montería* es, como su título indica, un diálogo entre tres interlocutores, Silvano, Solino y Montano, cuyos nombres remiten a la materia tratada, la montería. Se compone la obra de doce diálogos, sin introducción, pues se perdió junto con la portada; por tanto se ignora la fecha y la dedicatoria. Se supone escrita en el último cuarto del siglo XVI. *Los Diálogos* están muy apegados a su modelo, la *Ciropedia* de Jenofonte, a cuyo proyecto educativo atienden. Otros modelos, formales y de contenido, son: Cicerón, Plinio, Aristóteles, Varrón, Marcial y Opiano, entre otros muchísimos autores latinos y griegos que cita continuamente, concentrándose sus menciones sobre todo en los seis primeros libros. Las citas son generalmente explícitas, en latín las más de las veces. Justifica la caza con ejemplos tomados de los autores clásicos, para ennoblecer con su presencia los *Diálogos*. Virgilio es uno de los autores a los que más recurre. Especialmente querida es la *Eneida*, de la que toma el ciervo de Silvia, o el episodio de la caza de Ascanio, que reproduce con tal morosidad de detalles que induce a pensar que tenía ante sí el texto. Las *Geórgicas* las nombra por primera vez en el diálogo I, en boca de Silvano, refiriéndose sin duda al libro IV:

No teneis que dudar que la buena gobernación de las repúblicas también dice Virgilio que se tomó de las abejas y las hormigas, y á ellas pueden los juristas obedecer los principios de su arte tan célebre.

El diálogo duodécimo, notable exponente de la racionalidad lucreciana y empírica, niega la existencia de los monstruosos animales de la mitología: centauros, escilas, unicornios, quimeras... tomando como autoridad a Lucrecio, de quien cita los versos 5.878-881, 883-889 y 904-915, comentándolos a continuación. Al final de la racional exégesis añade Solino:

Donosísimamente se va riendo ahí de los que piensan que esos monstruos fueron posibles; y así parece que los compara á los que dijeron que por la tierra corrían ríos de oro y que los árboles llevaban piedras preciosas por hojas; y consideró muy bien que aquéllas fueran ficciones poéticas, que aun ahora los poetas quieren pintar un siglo de oro que ha de venir ó que pasó dicen:

Dará la tierra sin haber sembrado
Espigas rubias ó dorados frutos;
Ni sufrirá la reja el ni el arado,
Y pagará el cielo sus tributos;
No con la nieve ni el granizo helado,
Mas con la fértil lluvia y los enjutos
Y alegres vientos Euro y el Favonio,
Que den del sancto tiempo testimonio.

Calentarán sus tibios corazones
La cabra y el conejo y el venado,
Ni temerán los ásperos leones
Ni al cazador, de astucias ayudado;
Ni verá sus entrañas á azadones

La tierra abierta, ni del corvo arado;
 Ni el buey verá su duro cuerno uncido
 Al yugo, de su frente aborrecido.
 Las uvas nacerán de inculta espina;
 De estéril fresno, la camuesa y pero;
 Doradas mieles sudará la encina,
 y bálsamo de Asiria el roble ibero.
 Y abundarán del agua medusina
 El Tajo, el Betis, el Genil y el Duero
 Y el Bauso; y mostrárase a vuestra vista
 Dorado el campo con la rubia arista.
 No mentirá vestido de colores
 Diversos, el vellón de blanca lana,
 Que de sí mismo los tendrá mejores
 Que púrpura, que sale de la grana;
 Y de la fértil teta los pastores
 De la ovejuela saltadora ufana,
 Ambrosía y néctar sacarán al peso
 De leche y natas de manteca y queso.

Así que de esta suerte, por galantería y bajeza, suelen irse floreado los poetas en sus ficciones y pintan el mundo de la manera que Marone pintó su paraíso, con ríos de leche y miel, no porque entienden que ello ha de ser así, sino que para describir una variedad fertilísima juegan con estas imaginaciones, como se hallaron en Virgilio y Ovidio... y no tuvieron razón los que lo tomaron de veras, que entendiendo que porque los poetas lo dicen, lo sienten así.

El mismo Barahona da cuenta de las fuentes de estas cuatro octavas reales: Ovidio y Virgilio. Y como muy bien ha dicho, la propia imaginación de los poetas que con el tiempo ha ido floreado la descripción del paraíso primigenio. No es Lucrecio, cuya pintura del siglo dorado seguía a los pasajes anteriormente citados en *Los diálogos de la montería*, sino los poetas que sí creyeron en ella. La presencia de los dos, Virgilio y Ovidio, contaminada y embellecida, enseñoera el pasaje. El primer cuarteto es transposición de los versos *Met.* 1.101-102, que a su vez se corresponden con *Georg.* 1.127-128. El siguiente cuarteto se hace eco de los peligros que acechan al agricultor, peligros cuyo origen explicaba Virgilio precisamente con la pintura del fin de la Edad de Oro. La invención de las diversas artes, empezando por la caza, la más interesada en esta obra, la agricultura, la viticultura, el tejido y teñido de las lanas, y las técnicas de elaboración lácteas, es la materia que ocupa los restantes versos. Barahona canta los dorados tiempos primeros negando la existencia del trabajo y las invenciones humanas. Tal y como Virgilio describió su fin, enumerando las nuevas técnicas que hubo de inventar el hombre para dominar esa naturaleza que ahora le era esquiva, él celebra la ausencia de tales necesidades. La mención de la miel goteando de los árboles (*Georg.* 1.131), o de las encinas, como en Ovidio (*Met.* 1.112), se encuentra en los dos poetas, como también los ríos de vino (*Georg.* 1.132), o de leche y néctar (*Met.* 1.111), convertidos aquí en ríos de «medusina agua» –atendiendo a *Met.* 4.744-752, puede significar «coralina»–, y españolizando el mito al localizarlo en

nuestra península: Duero, Genil, Tajo o Betis, todos ellos nombres de estrechas connotaciones pastoriles y garcilasianas.

El pasaje de las *Geórgicas* es el que dedica mayor atención a las artes civilizadas (1.133-150): la agricultura, la extracción del fuego, la navegación, la astronomía, la caza, la pesca y la metalurgia, en riguroso orden cronológico. Las técnicas que Barahona describe no son sólo las geórgicas; añade algunas, además de colocar en primer lugar la caza, como es natural en un tratado dedicado a la materia venatoria. La referencia al vellón sin tinter es claro reflejo de *Ecl.*4.42-44: *nec uarios discet mentiri lana colores, / ipse sed in pratis aries iam suaue rubenti / murice, iam croceo mutabit uellera luto.*

Efectivamente, tal y como se ha dicho en el diálogo, la Edad de Oro es una bella invención poética que se debe sobre todo a Virgilio –de quien mezcla elementos de sus *Geórgicas* y *Bucólicas*– y Ovidio, autores que toma como base entremezclándolos; invención que cada poeta ha ido floreado a su parecer y gusto, como en este caso alterando el orden, si a la materia convenía, o españolizándolo, si es su elección estilística.

3. **EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA (1604)**

En la primera parte del *Quijote*, en el capítulo XI, el caballero andante, al sentirse inspirado en la bucólica compañía de unos cabreros...

... Después hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puñado de bellotas en la mano, y, mirándolas atentamente, soltó la voz a semejantes razones:

– Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando en su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes uvas les ofrecían. En las quebras de la peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoces despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del tiempo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia; aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella, sin ser forzada, ofrecía, por todas partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos

de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas verdes de lampazos y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había fraude, el engaño ni la malicia mezclábase con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni defender los del favor y los del interés, que ahora tanto la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había que juzgar, ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por dondequiera, sola y señora, sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento le menoscabasen, y su perdición nacía de su gusto y propia libertad. Y agora, en estos nuestros detestables siglos...

Como no podía ser menos para el príncipe de nuestras letras, la bibliografía sobre este discurso y sus fuentes es mucha y variada. Sobre ello han escrito: Levin (1969), quien atribuye a la versión de las *Metamorfosis* de Bustamante la inspiración de Cervantes; Schevill (1971, pp.153 y ss), quien apoya la teoría de Levin, aunque reconozca que el español sí tuvo delante las obras de Virgilio, especialmente la *Eneida*; Clemencín (1974, p 253), al igual que la mayoría de los editores y comentaristas, propone a Ovidio y Virgilio; Castro (1874, pp.434-435) un pasaje del *De mulieribus claribus* de Boccaccio; Hatzfeld (1966, pp.272-273) otros dos episodios del mismo autor, de *Ameto* y *La Fiametta*; Marasso (1954, p.90) favorece a Séneca: «El discurso... está inspirado en la *Medea* y la *Fedra* de Séneca». Márquez Villanueva (1973, pp 162 y 236) baraja dos posibilidades, Guevara y Zapata; Rodríguez Marín (1947, p.315), menciona a Tansillo; Murillo (1978, pp.110-111) nombra a Ovidio, *Epistulae Morales* 90 de Séneca, el *Reloj de príncipes* de A. de Guevara y *Aminta* de Tasso; Fucilla (1953, pp.27-37) rechaza por completo la base de las *Geórgicas*, dando la primacía a Tasso con su *Aminta* y, a través de él, a Ovidio, y a la *Arcadia* de Sannazaro. Stagg (1985, pp.71-90) estudia todo un entramado de fuentes italianas, latinas y españolas, antecedentes del pasaje de *Don Quijote*, pero, a pesar del laboriosísimo y riquísimo acopio de precedentes, se olvida de dos que pudieran estar en la base de todas ellas, Lucrecio y *Geórgicas* 2. Esto es sólo una muestra, pues estamos seguros de no haber completado toda la lista de críticos que han estudiado este pasaje. En cualquier caso, todos ellos arrojan una clarísima luz sobre la complejidad de la transmisión del mito de la Edad de Oro. En este artículo intentaremos deslindar aquellos rasgos que bien pudieran ser herencia directa o indirecta de las *Geórgicas*.

El discurso de los años dorados anticipa y prepara un episodio nuevo y distinto del tono habitual del *Quijote*, el pastoril de las exequias de Grisóstomo y los amores de éste por Marcela. Contribuye, pues, a formar ese halo de intemporalidad que lo pastoril requiere (Rey Hazas y Sevilla 1994, pp.xix-xxxiii). No por ello hemos de pensar que las fuentes del discurso hayan de ser exclusivamente pastoriles. Todas, italianas y españolas, se basan, en última instancia, en las clásicas latinas, Lucrecio, Virgilio y Ovidio sobre todo:

1. Las palabras que abren la emocionada peroración de Don Quijote remiten al segundo capítulo de la novela, que comienza así: «Dichosa edad y siglo dichoso aquel donde saldrán a la luz las hazañas famosas más», y a otro pasaje semejante, ya anteriormente compuesto por Cervantes, el soliloquio del cautivo Aurelio en *El trato de Argel* –que estudiaremos a continuación–; se trata, por lo tanto, de un motivo apreciado por Cervantes. La combinación de palabras «edad» y «siglo» ya aparece en Guevara, «En aquella primera edad y en aquel siglo dorado...». El adjetivo «dichoso» hace sospechar una contaminación con el famoso epodo 1, 2 de Horacio, *Beatus ille...* que Fray Luis de León había traducido como «dichoso aquel...» y con *Georg.2.458, fortunatos nimium, si sua bona norint...*, textos ambos que pueden haber popularizado el uso del epíteto en contextos similares.

2. La perífrasis «a quien los antiguos pusieron el nombre de dorados» proviene seguramente de Ovidio, *Met.15.96: at uetus aetas, cui fecimus aurea nomen*. Él mismo ya había utilizado la perífrasis en el *Trato de Argel*: «a quien nuestros antiguos le pusieron el dulce nombre de la edad dorada». Ninguna de las dos traducciones de las *Metamorfosis* se acercan tanto al texto de Ovidio como Cervantes, lo que lleva a Stagg (1985, pp.82 y 90) a afirmar rotundamente la lectura del original latino ovidiano por parte del autor del *Quijote*, muy al contrario de Schevill (1971, p.162), que atribuye a la versión de Bustamante la presencia ovidiana en la obra de Cervantes.

3. «Y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella sin fatiga alguna,» es una idea repetida especialmente en los autores italianos: Pontano, *auro nullos honor*, en *De amore con.* 2.31; Campano, 9.17, *copia cuique auri*; Boccaccio en su *Fiametta*, «Alla prima età niuna sollecitudine d'oro fu». También presente en algunos textos latinos, como Séneca, *Phaedr.527-528, nullus his auri fuit / caecus cupido*; y en textos afines como Horacio, *Ep.1.2*, o *Georg.2.458ss.*, idea subyacente en toda alabanza de aldea y menosprecio de corte.

4. El tema de la comunidad de bienes ya está presente en Virgilio, *Georg.1.126-127 et signare quidem aut partiri limite campum / fas erat; in medium quaerebant*, de quien lo tomaría Ovidio (*Met.1.123-124 y 135-136*); Claudiano (*Ruf.1.380-381*); y Séneca (*Oct.403*). Pero la forma que adopta Cervantes es, con las raíces latinas virgilianas y ovidianas, de Boccaccio, en *De mulieribus illustris: hinc meum et tuum venit in medium, nomina quidem inimica pacis publice et private*¹. El origen último y el orden de los diversos factores y características de la Edad de Oro sigue el virgiliano de las *Geórgicas*.

5. La mención de la facilidad de sustento fue primigenia de Hesíodo, *Op.117-118*, y recogida por Lucrecio (5.939-940) y más literalmente Virgilio (*Georg.1.127-128 y 139-150*), y Ovidio (*Met.1.103-106*), que añade algunos frutos más a las bellotas y madroños de Virgilio. Pero el pasaje al que más se acerca el de Cervantes es *Georg.2.500-501: quos rami fructus, quos ipsa uolentia rura / sponte*

¹ La cita está tomada de Stagg (1985, p.82), quien además aduce otras dos posibles fuentes italianas: Lorenzo, *Selve 2.84*, 8 «né conosceva il mondo 'tuo' o 'mio'»; y Pseudo-Tansillo, *Vendemmiatore 26.1-2*, y 8 «Non avea il mondo allor, nè mio, nè tuo, / Fiera semenza ond'ogni mal nascesse».

tulere sua, reflejando el adverbio «liberalmente» cervantino los sustantivos *uolentia* y *sponte* del texto latino. Naturalmente, aparecen en la *Arcadia* 6.95, de Sannazaro.

6. La imagen de las «claras fuentes y corrientes ríos» es originaria de Lucrecio (5 945-946), mientras Ovidio prefiere los ríos de miel y néctar y Virgilio los de vino, aunque nombra *uiui lacus at frigida Tempe* en *Georg.*2.469; la aparición de las corrientes de agua quizá provengan de Horacio, de *Ep.*1.2.25-27. Los italianos contaminarán los dulces ríos de Ovidio con las aguas corrientes de Horacio: Sannazaro en *Arc.* 3.38; Varchi, 2.5.11; o Alamanni en *La coltivazione, correnti i fiumi...*; y Lorenzo, *Selve* 2.85.7. El eco de Garcilaso «corrientes aguas, puras, cristalinas» puede, también, sustentar la descripción de Cervantes.

7. Una referencia más a las *Geórgicas* es la siguiente descripción de ese paraíso: «En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas...». Aunque la miel está ausente en Hesíodo, sí aparece en el pasaje de *Georg.*1.131 y en *Ecl.*4.30, aunque destilada sobre las hojas de las encinas. Una imagen más realista es la Edad de Oro de Ovidio en *Am.*3.8: *in quercu mellia reperta cava*. Pero la mención a la república de las abejas no puede ser sino un guiño al libro IV de las *Geórgicas*. El adjetivo «solícitas» recuerda a Garcilaso, el de «discretas» al inicio de las *Geórgicas*, 1.4: *apibus parcis*.

8. Las primeras y rústicas casas de cortezas se deben quizá a la edad siguiente de Ovidio, en *Met.*1.121-122: *tunc primum subiere domos: domus antra fuerunt / et densi frutices et uinctae cortice uirgae*.

9. 'Aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre' es el motivo más popular de todos. Virgilio, en *Georg.*1.125 y 147, y Ovidio, *Met.*1.109, se refieren los dos a la ausencia de arado. El sintagma «curvo arado», originario de las *Geórgicas*, fue muy popular en la literatura española del siglo XVI. A ello contribuyó sin duda *Tesoro* de Covarrubias, que remite a *Georg.*1.170.

10. El punto de vista sobre el sexo libre en la Edad de Oro proviene seguramente de Lucrecio, 5.963, en igual consideración que la tierra ofrece libremente sus dones –también Teócrito ofrece semejante idea (Cristóbal 1980, p.24)–. Lo recogió Tibulo, 2.3.69-72. También Ovidio en *Ars Am.*2.622-623 describe la libertad amorosa, mas agrega púdicamente *tanta rudi populo cura pudoris erat!* Ni Dante ni Boccaccio favorecen tal libertad; sí lo hacen el *Aminta* de Tasso «Si piace, ei lice», y Pseudo-Tansillo proporciona el curioso «en trenza y en cabello»: «Non era veli ancor... / Onde l'aureo crin si chiude» (27.3-4). Es un tema muy querido por Cervantes, que defiende a toda costa la libertad de la mujer en el amor y en el matrimonio. Recuérdese además que el discurso es pórtico del episodio protagonizado por Marcela, un personaje que lucha por su libertad de elección, y que recuerda a la Gelasia de *La Galatea*, la desenamorada pastora que diría «libre soy y en libertad me fundo»². Esta característica de la libertad en el amor es condición del mundo pastoril, según Herrera en

² Personajes los dos, Marcela y Gelasia, que, por cierto, tienen un precedente virgiliano: la amazona Camila de la *Eneida*. Cf. Cristóbal (1988, pp.43-61) y Herreros (1996).

sus *Anotaciones a Garcilaso* (Gallego Morell 1972, p.343), con lo que el contraste con la situación de Marcela de los siguientes capítulos es de marcada ironía y desilusión (Köhler 1976, pp.202-230).

11. Por último, se une al mito de la Edad de Oro otro tópico, también de compartido origen virgiliano y horaciano, la alabanza de aldea frente a la corte. Éste es el tono que domina la parte final del discurso. A ello hemos de remitir la mención de la púrpura de Tiro, reflejo de *Georg.*2.465-466: *ueneno Assyrio*, y *Ecl.*4.43-45. Pero también podríamos postular un intermediario italiano, el *Ameto* de Boccaccio: «e il sangue del Tiro non era ancora conosciuto»³.

12. El contraste con la Edad de Hierro, la que tocó vivir a Don Quijote y a todos los humanos posteriores a su tiempo, proviene posiblemente de Ovidio. «No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza» pudo originarse en la misma sucesión de tretas humanas de *Met.*1.128-129: *in quorum subiere locum fraudesque solique / insidiaeque...* Es significativo que Cervantes vuelva a utilizar este pasaje en el *Trato de Argel*. El excuso final sobre la justicia pudiera ser eco de Arato, origen a su vez de *Georg.*2.474 y *Met.*1.89-90.

En definitiva, una intrincada red de ecos variados clásicos y coetáneos sostienen el discurso de Don Quijote. Cervantes quizá utilizó los textos originales de Ovidio y Virgilio, contaminando textos de las *Metamorfosis*, *Geórgicas* y *Bucólicas*, y más posiblemente se valió de los intermediarios italianos, ya porque los tuviera delante, ya porque consciente o inconscientemente los recordara. Es especialmente llamativa la relación sin fisura que establece entre la Edad de Oro y el pasaje de alabanza del campo, en un espíritu muy afín a Virgilio, que afirmó que la Justicia, antes de abandonar el mundo, dejó sus últimas huellas entre los campesinos (*Georg.*2.474). La preponderancia de la alabanza del campo en la última parte le sirve además para crear ese ambiente pastoril que prepara el episodio de Grisóstomo y Marcela⁴, y fundamentar su labor como caballero andante. Don Quijote pretende, en cierta manera, restaurar esa Edad de Oro que se ha perdido, al igual que Virgilio pretende restaurar con las *Geórgicas* la feliz vuelta del hombre al campo donde se vive esa edad dorada y dichosa; uno lo hará con las armas, el otro con las letras. Recuérdense, además, las palabras de Sancho al empezar este mismo capítulo XI, que no son sino una recusación de la vida cortesana y elección de la campestre:

¡Gran merced! –dijo Sancho–; pero sé decir a vuestra merced que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comería en pie y a mis solas como sentado a par de un emperador. Y aun, si va a decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme a menudo, no estornudar ni toser si me viene en gana, ni hacer otras cosas que la soledad y libertad traen consigo...

³ Provenientes de Virgilio son otros textos latinos tardíos, como Claudiano, *Ruf.*1.385-387, Prudencio, *Symm.* 2.290 y 300-301; y otras italianas como Lorenzo, *Selve* 2.103 8.

⁴ Marasso (1954, pp.44-61) estudia las fuentes virgilianas del episodio, sosteniendo rotundamente un acentuado virgilianismo de Cervantes.

Cervantes reúne con acierto e ironía una serie de tópicos de autores para describir una época en que la virtud y bondad imperaba. Logra su propósito, porque por encima de las fuentes a las que alude impera su elección estilística dirigida a: primero, establecer un marco para el episodio siguiente; y, en segundo lugar, cantar a la libertad del hombre y de la mujer por encima de todo, uno de los núcleos de pensamiento primordial de Cervantes, el libre albedrío o libertad de amar (Rey Hazas y Sevilla 1994, pp.xiv-xix; y Castro 1987, pp.334-337) No deja de lado su famosa ironía cervantina al burlarse de todos esos tópicos, pues los pone en boca de Don Quijote, un hombre que no percibe la realidad y que pretende restaurar esa adorada Edad de Oro, en claro contraste con lo que le rodea –y en contraste con la realidad de su tiempo, detalle que no escaparía al lector coetáneo a Cervantes⁵–. La desilusión que deja en el lector es patente, pues sabe que esa edad, ni existió, ni existirá, es fruto de la imaginación de Don Quijote –como lo eran los gigantes con brazos de molinos de viento–. Es el *Quijote* la novela de las ilusiones perdidas, sintetizadas en esa Edad de Oro. O, como la llamó Carlos Fuentes, la primera novela de la desilusión y la pérdida (1994, p.84).

4. *EL TRATO DE ARGEL DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA (¿1582?)*

El trato de Argel no fue publicada hasta 1784 en Madrid, junto a la *Numancia*, por Antonio Sancha, que las incluyó al final de su edición del *Viaje al Parnaso*. Pero por su redacción habría que considerarlas anteriores a la primera parte del *Quijote*. J. Canavaggio la sitúa hacia 1582 (1987, pp.106-110 y 1966, pp.5-29). La redacción de esta Edad de Oro es, pues, previa y posible embrión del discurso de Don Quijote. Es una obra emocionadamente biográfica: los recuerdos del cautiverio en Argel, las falsas esperanzas por el desembarco sin éxito de una galera española, la intervención de un cautivo llamado Saavedra... Estos y otros rasgos veristas componen una tela de fondo en la que prima el interés documental sobre el artístico. En este contexto, no sólo verosímil, sino profundamente real, se inserta el soliloquio del cautivo Aurelio, vv.1313-1339:

¡Oh sancta edad, por nuestro mal pasada,
a quien nuestros antiguos le pusieron
el dulce nombre de edad dorada!
¡Cuán seguros y libres discurrieron
la redondez del suelo quen ella
la caduca mortal vida vivieron!

⁵ Ettinghausen (1996, pp.25-39) estudia el contraste entre la realidad de crisis social y económica de los tiempos cervantinos y los dos famosos discursos de Don Quijote, el de la Edad de Oro y el de las armas y las letras. La realidad estaría representada por la visión de Sancho, quien no comparte ese espíritu de comunidad de bienes cantado en los dorados siglos, más antiguos que la abuela del escudero, que bien sabía que «Dos linajes solos hay en el mundo ... que son tener y el no tener».

No sonaba en los aires la querella
 del mísero cautivo, cuando alzaba
 la voz a mal[decir su] dura estrella.
 Entonces liber[tad du]lce reinaba
 y el nombre odioso de la servidumbre
 en ningunos oídos resonaba.
 Pero después que sin razón, sin lumbre
 ciegos de la avaricia, los mortales,
 cargados de terrena pesadumbre,
 descubrieron los rubios minerales
 del oro que en la tierra se escondía,
 ocasión principal de nuestros males,
 este que menos oro poseía,
 envidioso de aquel que, con más maña,
 más riquezas en uno recogía,
 sembró la cruda y mortal cizaña
 del robo, de la fraude y el engaño,
 del cambio injusto y trato con maraña.
 Mas con ninguno hizo mayor daño
 que con la hambrienta, despiadada guerra,
 que al natural destruye y al extraño...

Al análisis anterior del discurso de Don Quijote habría que añadir algunos datos más sobre la adaptación del tópico al contexto del cautiverio en Argel. Más que nostalgia de la edad dorada, Aurelio canta la pérdida de la felicidad primigenia. Las dos causas principales son el oro y la guerra por la posesión del vil metal. En este sentido se acerca a la repulsa de la vida cortesana y la elección de la vida sencilla del campo. La mención del oro descubierto en las profundidades de la tierra, presente también en el pasaje del *Quijote*, ya estaba en textos italianos renacentistas como Pontano, *De amore con.* 2.31 o Lorenzo, *Selve* 2.98, 3-4. Pero recuerdan los versos de otro pasaje que si no celebra un tiempo dorado sí una tierra áurea, la alabanza de Italia de *Georg.* 2.165-166, y todavía más *Georg.* 2.505-507: *hic petit excidiis urbem miserisque penatis, / ut gemma bibat et Sarrano dormiat ostro; / condit opes alius defossoque incubat auro*. O inevitablemente aquellos famosos versos iniciales de la elegía programática de Tibulo, 1.1: *Diuitias alius fuluo sibi congerat auro...* E igual rechazo de la guerra en aquellos siglos dorados expresa Virgilio en 2.539-540: *necdum etiam audierant inflari classica, necdum / impositos duris crepitare incudibus ensis*. Es un tema muy difundido en el Renacimiento, y muy caro a Cervantes: la libertad y el rechazo de la guerra. Por tanto, no podemos afirmar una dependencia de Virgilio exclusivamente.

Ni en el pasaje sobre la Edad de Oro del *Quijote* ni en el de *El trato de Argel* puede sostenerse que Cervantes haya manejado a Virgilio directamente. Más bien, a la vista del riquísimo acopio de fuentes diversas –tanto clásicas como italianas y españolas–, se trata de la utilización hábil e ingeniosa de varios tópicos, ya codificados, que la tradición literaria le ofrecía.

5. SIGLO DE ORO EN LAS SELVAS DE ERÍFILE DE BERNARDO DE BALBUENA (1605)

Esta novela pastoril no es sino una imitación confesada de las *Bucólicas* de Virgilio. Consta, como la obra virgiliana, de doce églogas. El otro espejo en el que se mira es la *Arcadia* de Sannazaro. De ella destacamos un breve pasaje de la Égloga tercera, en prosa, que describe, como era menester en toda obra pastoril que se preciase, la Edad de Oro:

Por cierto, dijo Gracildo, acabando de oír al que cantaba, presumidos pastores hay en estas montañas. A mi parecer poco desdican estos cantares de los que en otras mas arriscadas se oyeron; y no sé si me pesa que ya las nuestras vayan perdiendo aquella simplicidad y llaneza de sus dorados siglos, donde sin tantos rodeos solían decirse las cosas. Yo á lo menos temor tengo de los vengativos dioses á quien este cuidado toca, que indignados de semejantes altiveces envíen por nuestros ganados algún riguroso castigo. ¿Y como, respondí yo entonces, tú, ganadero, piensas que en las selvas todo ha de ser ovejas y parrales? ¿Nuestros faunos también, y las ninfas de nuestros montes no tienen sus divinos lenguages, que no á toda lengua es lícito pronunciarlos? Todo lo dan las musas, y todo cabe en sus dones. ¿Quien duda que siempre las retamas no amarguen, y el lentisco sea acedo? Y como á otros pastores he oído, permitido es arar el campo á los que de sus frutos vivimos; y no por eso las guirnaldas en los retorcidos cuernos de los bueyes nos parecen mal, ni á los que de ásperas bellotas nos mantenemos la olorosa manzana ó la cuajada tierna es aborrecible.

En el *Siglo de oro* el interés estético y poético desplaza el relieve que en la novela presenta regularmente el amor. La situación narrativa es exterior al mundo del relato: el narrador evoca, con inseguridad, con nostalgia, un pasado y un mundo de los que está ausente. El mundo evocado es un mundo de perfección pastoril, el mundo del siglo de oro, como el título indica. La narración se sitúa en una permanente Edad de Oro, que no deja de recordarse en ningún momento. El pasaje citado es cercano a Virgilio. En sí no es una descripción nostálgica de una edad pretérita más feliz, ni una profecía de un tiempo por venir, ni un lamento por la pérdida de la inocencia original. Es una constatación de un cambio de los tiempos, serena, algo irónica, y por ello, distanciada. Aun así, la edad presente no deja de ser «dorada», y con rasgos muy virgilianos –más que de Sannazaro, el modelo manifiesto de la obra–.

En primer lugar, la primera diferencia con aquellos tiempos es la simplicidad con la que «sin tantos rodeos solían decirse las cosas»; característica propia de la vida sencilla del campo, y, por tanto, del otro gran tema del Renacimiento, la alabanza del campo.

La alusión a las ninfas y faunas propios, a sus divinos lenguajes que no a todos es accesible, aunque recuerda aquel lucreciano anhelo de Virgilio de conocer las causas de las cosas: *felix qui potuit rerum cognoscere causas* (*Georg.* 2.490), y *fortunatus et ille deos qui nouit agrestis / Panaque Siluanumque senem Nymphasque sorores* (*Georg.* 2.493-494), también puede referirse a uno de los focos de atención más importantes del *Siglo de Oro en las selvas de Erífile*, el *decorum* del lenguaje, la dignidad de la noción poética (Goic 1988, pp.400-405), pues, como Balbuena afirma, «todo lo dan las musas, y todo cabe en sus dones».

La confirmación de que el siglo de oro no durará, como Virgilio bien había explicado por los trabajos del agricultor, viene de la mano de la agricultura: «¿Quien duda que siempre las retamas no amarguen, y el lentisco sea acedo?», recordatorio de los peligros que acechan los campos de *Georg.*1.118-124, que son precisamente los introductores del pasaje de la Edad de Oro virgiliana. A continuación, Balbuena expone los motivos más famosos del tópico, arar el campo para ganarse el sustento y las bellotas, imágenes presentes en Virgilio y en Ovidio.

La influencia virgiliana no se limita a estos rasgos; si se introducía con una breve alabanza de la simplicidad del campo, termina con una serie de consejos muy «a lo geórgico»:

Y si á dicha tus ganados están enfermos, tus ovejas no paren ó flacas andan por la sierra tus cabrillas, quizá la tierra lo hace, múdales, serrano, el pasto...

6. *EL ARTE DE PUTEAR* DE NICOLÁS FERNÁNDEZ DE MORATÍN (c. 1770)

El poema didáctico sobre el arte de putear de Moratín se inscribe dentro de las ordenadas clásicas de la poesía didáctica del Siglo de las Luces. El tema, amoroso, tiene que ver con aquel otro poema del mismo autor, de anterior composición, la *Diana o el Arte de la Caza* (1765), aunque ésta es una Diana a lo erótico y la caza es bien diferente. Si en aquel seguía las pautas de las *Geórgicas*, en éste pisará de nuevo el camino ya hollado por el *Ars amatoria* de Ovidio (Cristóbal 1986, pp.73-87).

El segundo canto del *Arte de putear* se inicia con una ingeniosa transposición de *Ars* 2.161-166 de Ovidio, tras lo cual Moratín introduce el cliché de la Edad de Oro, tópico de la poesía didáctica (2.13-22):

Si la simple y feliz naturaleza
durara en la inocencia primitiva
fuera inútil entonces la riqueza.
Cada cual dio de balde antiguamente
lo que dio para ser comunicable
naturaleza, y yendo lentamente
el interés y la maldad creciendo,
a trueque de castañas y bellotas
el amor en las selvas resonantes
los cuerpos junto allí de los amantes.

Aunque en su modelo, el *Ars amatoria*, se encuentren dos pasajes sobre la Edad de Oro, uno muy breve, 2.621-624, y otro, más extenso, 2.467-488, las fuentes primigenias son dos, Lucrecio y Virgilio. Pueden haber sido tamizadas por el filtro de Ovidio, pero en última instancia la referencia al amor libre es lucreciana (5.962-964), y la presencia de las bellotas es virgiliana –que fue quien realmente la popularizó–, *Georg.*1.148-149. La mención de la inutilidad del oro y la malicia es propiamente ovidiana: *Am.*3.8, y *Met.*1.125-131.

El *Arte de putear* no es el único poema didáctico que ofrece la melancólica visión de los tiempos felices de antaño. *La Diana o el Arte de la Caza*, *La Música* de Tomás de Iriarte, *Ensayo de un poema de la poesía* (Madrid 1779) de Félix Enciso, *El observatorio rústico* (Madrid 1772-1775) de Francisco Gregorio de Salas y sus églogas «Dalmiro y Silvano» y «Dalmiro», y *Las Edades* de Fray Diego González (Madrid 1805) ofrecen en sus páginas nuevas –y a la vez antiguas– versiones del tópico. Mas tanto el poema de Enciso y los Salas como el de Fray Diego González deben más al famoso epodo 1.2 de Horacio *Beatus ille*, a la Bucólica IV de Virgilio y a la alabanza del campo del segundo libro de las *Geórgicas*, que a la Edad de Oro del libro I de las mismas.

7. LAS SILVAS AMERICANAS DE ANDRÉS BELLO (1823-1826)

Andrés Bello (1781-1865), autor y personaje polifacético, de formación y cultura clásica hasta la médula, escribió desde el exilio en Londres dos apasionados cantos a su tierra natal, las *Silvas americanas*. Sobre estos dos pilares, el amor a su patria y la libertad –ideales románticos– y a los clásicos, especialmente Virgilio, se asienta su obra cumbre poética: las *Silvas Americanas*. Algunos han querido ver en Bello a otro Virgilio, no inferior, en la pureza de su dicción y en la altura de sus miras, al mantuano. Para otros, las *Silvas* son punto culminante de la poesía llamada científica, de índole tanto didáctica como descriptiva. En nuestros días, la crítica ha destacado la plena significación de las *Silvas* como manifiesto de independencia intelectual hispanoamericana y anhelo de contribuir a la creación de una nueva cultura en las tierras hispánicas del Nuevo Mundo⁶. El objetivo de Bello en sus *Silvas* era poner al alcance de las nuevas repúblicas de América, que todavía luchaban por asegurar su existencia, un caudal de conocimientos lo suficientemente amplio como para servir de base a una nueva civilización, además de darles a conocer su pasado y su presente, rechazar la guerra que estaba destrozando su país y alabar la paz y sus frutos; objetivos los dos que bien pudiera firmar Virgilio para sus *Geórgicas*.

La *Alocución a la Poesía* consiste en una serie de veintiocho tiradas de versos, divididas en dos grupos. En el primero, Bello invita a la Musa a que abandone la infeliz Europa y vaya a radicarse en América, donde la geografía y la naturaleza le ofrecen temas incomparables, y donde la guerra le puede proporcionar también para sus cantos hazañas y héroes nunca igualados. Propone todo un programa literario: la nueva poesía debía tener su asiento en América, donde se había realizado el ideal libertario de la humanidad, mientras Europa vivía el retorno del absolutismo, que «amenazaba traer de nuevo al pensamiento esclavo». Este renacer poético era, en el fondo, un volver a la «nativa rustiquez», fuente original de la inspiración poética. A pesar de tan libertarias y rupturistas propuestas, Bello toma como modelos a Horacio y Virgilio.

⁶ Sobre el virgilianismo del poeta venezolano, cf. Correa (1931, pp.145-153), Grases (1947, pp.32-46) y Oroz (1966, pp.74-95).

La *Alocución a la Poesía* abunda en sentimientos felices, en descripciones de la naturaleza americana rotundas y armoniosas, en pinturas del carácter de sus amigos caídos en la contienda, que son del más puro acento virgiliano. La primera parte, invitación a la Musa a asentarse en la feliz América, aúna elementos diversos del epodo de Horacio *beatus ille*, del mundo sin tiempo, eternamente dorado, de las *Bucólicas* virgilianas, y de la Edad de Oro de las *Geórgicas*, para construir con todos ellos una idealizada visión del continente americano. Mientras, la segunda parte, que canta los héroes caídos en aras de la independencia, adopta tonos más épicos, y por ende es la *Eneida* la principal informadora del tono.

La vieja Europa se convierte en la corte desdeñada por Horacio, *Ep.2.7-8*, y Virgilio, *Georg.2.461-469 (laus ruris)*:

¿Qué a ti, silvestre ninfa, con las pompas
de dorados alcázares reales?
¿A tributar también irás en ellos,
en medio de la turba cortesana,
el torpe incienso de servil lisonja?...

Frente a ella, América es la tierra soñada y descrita en las *Bucólicas* y *Geórgicas* (2.469ss.: *laus ruris*): la cueva, la sombra, el eco, la eterna primavera, el fresco río, el Céfito, la aves cantando al amor... son elementos imprescindibles del paisaje bucólico y del paisaje que Virgilio alabó, en contraste con la corte llena de cuidados. Es éste el *locus amoenus* americano que la poesía debe habitar:

Divina Poesía,
tu de la soledad habitadora,
a consultar tus cantos enseñada
con el silencio de la selva umbría,
tú a quien la verde gruta fue morada,
y el eco de los montes compañía;
es tiempo de que dejes ya la culta Europa,
que tu nativa rustiquez desama...
También propicio allí respeta el cielo
la siempre verde rama
con que al valor coronas;
también allí la florecida vega,
el bosque enmarañado, el sesgo río,
colores mil a tus pinceles brindan;
y el Céfito revuela entre las rosas;
y fulgidas estrellas
tachonan la carroza de la noche;
y el rey del cielo entre cortinas bellas
de nacaradas nubes se levanta;
y la avecilla en no aprendidos tonos
con dulce pico endechas de amor canta.

Más ligada a Horacio y a su Epodo II está la siguiente descripción de la región del Cauca: «de cuidados enojosos / exento». Sin embargo, algunas características son propias de la alabanza del campo de *Geórg.*2.448ss., en el que además de la eterna primavera y el retiro feliz en el campo ameno, el beneficio se aumenta por la ausencia de los ajetreos y cuidados de la ciudad. Y la conjunción de ambos pasajes recuerda sin duda a Fray Luis de León, a quien Bello, siempre admirador de la poesía española de los Siglos de Oro, leyó. De todos ellos al mismo tiempo bien pudo tomar su inspiración:

¡Oh quién contigo, amable Poesía,
del Cauca a las orillas me llevara,
y el blando aliento respirar me diera
de la siempre lozana primavera
que allí su reino estableció y su corte!
¡Oh si ya de cuidados enojosos
exento, por las márgenes amenas
del Aragua moviese
el tardo incierto paso;
o reclinado acaso
bajo una fresca palma en la llanura,
viese arder en la bóveda azulada
tus cuatro lumbres bellas...

Otras veces este maravilloso espacio que América ofrece es más real, y se apoya en las *Geórgicas* más que en las *Bucólicas* para su descripción (*Georg.*2.136ss.: *laus Italiae*):

¿O más te sonreirán, Musa, los valles
de Chile afortunado, que enriquecen
rubias cosechas, y süaves frutos;
do la inocencia y el candor ingenuo
y la hospitalidad del mundo antiguo
con el valor y el patriotismo habitan?

Si el espacio que Bello nos describe es virgiliano en sus palabras, no lo es menos el tiempo. La vuelta a ese tiempo primitivo, feliz, sin engaños... es la Edad de Oro de *Georg.*1. Es un tiempo anterior a la llegada de los españoles, edad de hierro que ellos habrían de iniciar, el tiempo en el que Virgilio sitúa el nacimiento del arado, la agricultura, la metalurgia y la navegación, con la que los colonizadores llegarían a las costas de las Indias Occidentales. El mito se ha adaptado convenientemente, siguiendo las pautas de *Georg.*1.125ss.: la tierra que ofrece fácilmente todo de su seno, la expresión traducida literalmente ‘antes que el corvo arado / violase el suelo’, la navegación, los metales de las entrañas de la tierra, la ausencia de vallas y mojones, que en el texto de Virgilio es anterior a los demás factores. La ambición, la libertad sin leyes, la paz y las cuevas como primeros albergues son originarios de la alabanza del campo de *Georg.*2. En feliz conjunción reflejan el orgullo de Bello por su patria en Venezuela:

Allí memorias de tempranos días
 tu lira aguardan; cuando, en ocio dulce
 y nativa inocencia venturosos,
 sustento fácil dio a sus moradores,
 primera prole de su fértil seno,
 Cundinamarca; antes que el corvo arado
 violase el suelo, ni extranjera nave
 las apartadas costas visitara.
 Aún no aguzado la ambición había
 el hierro atroz; aún no degenerado
 buscaba el hombre bajo oscuros techos
 el albergue, que grutas y florestas
 saludable le daban y seguro,
 sin que señor la tierra conociese,
 los campos valla, ni los pueblos muro.
 La libertad sin leyes florecía,
 todo era paz, contento y alegría.

Por si acaso el modelo emulado no quedara suficientemente aclarado, en la tira-
 da siguiente dice así:

Tiempo vendrá cuando de ti inspirado
 algún Marón americano, ¡oh diosa!
 también las mieses, los rebaños cante,
 el rico suelo al hombre avasallado,
 y las dádivas mil con que la zona
 de Febo amada al labrador corona;
 donde cándida miel llevan las cañas,
 y animado carmín la tuna cría,
 donde tremola el algodón su nieve,
 y el ananás sazona su ambrosía;
 de sus racimos la variada copia
 rinde el palmar, da azucarados globos
 el zapotillo, su manteca ofrece
 la verde palta, da el añil su tinta,
 bajo su dulce carga desfallece
 el banano, el café el aroma acendra
 de sus albos jardines, y el cacao
 cuaja en urnas de púrpura su almendra.

Quizá Bello esté pensando en él mismo y en su *Alabanza de la Agricultura de la Zona Tórrida*, que habrá de cantar la feracidad de los campos tropicales. Bello, desde su exilio, con una propiedad sometida a los avatares de la guerra –al igual que Virgilio–, recuerda con la misma sincera melancolía que el poeta latino las bellezas de los campos de su patria, y no precisa embellecerlos con ornamentos prestados. Tan sólo la mención de la miel en las cañas recuerda la miel que los hombres de la Edad

de Oro cogían de las hojas de los árboles (*Georg.*1.131), pero es además reflejo de la realidad: la caña de azúcar. El resto lo constituye una serie de enumeraciones cuya acumulación es suficientemente elocuente. Destaca en el léxico utilizado el latinismo *copia*, un enlace más con la base latina que soporta las *Silvas*.

La segunda parte de la *Alocución a la poesía* pertenece a la órbita de la poesía épica: recuerdo de los guerreros caídos, *aristías* de los héroes de la independencia americana, exaltación del sentimiento patriótico, invocaciones a la patria y un elevado y solemne tono. Los dioses agrícolas que poblaban numerosos las silvas felices anteriores: Marte (o Gradivo, uno de los nombres que lleva este dios en las *Geórgicas*), Lieo o Baco, Triptólemo... desaparecen ahora. Las Parcas y la Musa recordadora de las hazañas de los muertos se enseñorean de las silvas épicas. Las *Geórgicas* siguen estando presentes en la *Alocución a la Poesía* mediante pequeños guiños, como los versos dedicados al héroe venezolano Piar: «¡Dichoso, si fortuna tu carrera / cortado hubiera allí, si tanta gloria / algún fatal desliz no oscureciera!». Bello ha calcado el verso *Georg.*2.458: *o fortunatos nimium, si sua bona norint*, en un contexto totalmente diferente. Se conserva además la estructura adjetivo + oración condicional, realzada por la utilización de la palabra «fortuna». De las *Geórgicas* toma también símiles metaliterarios, es decir, referencias del propio escritor a su labor. La fórmula más habitual es la expresión de la incapacidad del poeta para reflejar la grandeza o la variedad de la materia tratada, como en *Georg.*2.42-46, en los que Virgilio declara que no alcanzaría a abarcar todo adecuadamente ni con cien bocas, ni con una voz de hierro. También Bello incurre en el mismo tópico: «Mas no a mi débil voz la larga suma / de sus victorias numerar compete».

La silva *A la agricultura de la Zona Tórrida* es, en gran parte, producto de la nostalgia de la tierra natal. La invocación con que se abre el poema, «Salve, fecunda zona», es clara reminiscencia de *Georg.*2.173: *salve, magna parens frugum*, pero en ella infunde Bello toda la emoción propia de quien, desde el destierro, más allá de los mares, sólo así consigue apagar la voz insistente de la añoranza. La considerada cumbre poética de Bello constituye, pues, la perfecta combinación de la sincerísima expresión del afecto y del intelecto del poeta en el exilio con la tradición clásica de dos poetas muy cercanos al sentir de Bello, Horacio y Virgilio. El poema, en el que lo descriptivo y lo didáctico —en la tradición de la poesía didáctica del XVIII— prevalece sobre lo geográfico e histórico, se inicia con la alabanza de la América tropical —o tórrida— y la descripción elogiosa de sus productos naturales, para pasar de inmediato a la lección moral que constituye el núcleo central del poema: la exhortación al «indolente habitador» de la «fértil zona» para que abandone el fasto y la molicie de las ciudades y abrace la vida sencilla del labrador, pues en el campo habitan la libertad, la virtud, la paz, y el amor inocente. Además, invita a abandonar toda actividad bélica, dejando detrás la sangre derramada necesaria para la independencia. Los dos libros primeros de las *Geórgicas*, así como las *Odas* 3.16, 4.9, 3.1, el *Epodo* 2, y las *Epístolas* 2.2, 1.10, y 1.14 de Horacio le sirven de base para la expresión de tales propósitos.

Tras la virgiliania invocación a la América tropical, se inicia la descripción de la naturaleza americana y su balsámico poder sobre el hombre. La naturaleza es vista de dos maneras: como versión tropical del Paraíso; y como ámbito por recobrar me-

dian­te el trabajo manual (la agricultura, principal­mente). Tanto uno como otro aspecto estaban ya unidos en la perdida Edad de Oro de *Georg.* 1. El mundo feliz de tiempos anteriores es el mismo que la América de Bello, el mismo de la *Alocución a la Poesía*, y, por tanto, recoge todos esos elementos de la Edad dorada virgiliana: el interés y las cosas materiales comunes, la abundancia de alimento sin necesidad de trabajo, la ausencia de arado, los ríos abundantes, la miel, los frutos secos. El elogio de Italia (*Georg.* 2.136-176) se entremezcla con la descripción de la Edad de Oro: la eterna primavera, las mieses y frutos sin cuento, los ríos, las minas de las entrañas de la tierra... y especialmente la vid –habida cuenta que no se cultiva en tierras tropicales–, por lo que su mención en este pasaje es un tópic­o originario del elogio virgiliano a Italia. La forma adoptada en *La agricultura de la Zona Tórrida* es un largo apóstrofe al sol:

¡Salve, fecunda zona,
que al sol enamorado circunscribe
el vago curso, y cuanto ser se anima
en cada vario clima,
acariciada de su luz concibes!
Tú tejes al verano su guirnalda,
de granadas espigas; tú la uva
das a la hirviente cuba;
no de purpúrea fruta, o roja, o gualda,
a tus florestas bellas
falta matiz alguno; y bebe en ellas
aromas mil el viento;
y greyes van sin cuento
paciendo tu verdura, desde el llano...
Tú das la caña hermosa,
de do la miel se acendra,
por quien desdeña el mundo los panales;
tú en urnas de coral cuajas la almendra...

Y así se extiende en una larguísima enumeración de los frutos tropicales, digna por sus tecnicismos y su precisión de la mejor tradición de la poesía didáctica del siglo XVIII. Pero ni aún en medio de tan botánica disquisición didáctica olvida a Virgilio, cuyas huellas se recuerdan aquí y allá: la mención en el verso 37 de Leneo, junto con Leneo uno de los nombres más usuales de Baco en *Georg.* 2.4, 7, 529, 3.510 y 4.207; la «ardua palma» del verso 37 se corresponde con la de *Georg.* 2.67, *etiam ardua palma*; en el verso 41, «sus rubias pomas la batata educa», el latinismo «pomas» en el sentido general de frutos, del latín *poma*, neutro plural, que figura tantísimas veces en las *Geórgicas*.

De marcado sabor virgiliano es la siguiente referencia a la feraz Edad de Oro, enteramente originaria del tópic­o latino, que corona esta primera parte (vv.51-58):

No ya de humanas artes obligado
el premio rinde opimo;

no es a la podadera, no al arado
 deudor de su racimo;
 escasa industria bástale, cual puede
 hurtar a sus fatigas mano esclava;
 crece veloz, y cuando exhausto acaba,
 adulta prole en torno le sucede.

El único texto latino que hacía especial hincapié en las diversas artes que domearon la naturaleza es el libro I de las *Geórgicas*. En él se explica precisamente el origen del trabajo. Es uno de los elementos clave de Bello, la continua referencia al trabajo y a la industria humana: la podadera y el arado –el motivo más popular y siempre presente en todos los autores–, la agricultura, las fatigas de la mano esclava –que podría ser el *labor improbus* de Virgilio (*Georg.* 1.145-156) y el adjetivo «exhausto».

Tras la alabanza del paraíso natural de América como una nueva utopía, se inicia el núcleo moral, la invitación al «indolente habitador» de la feliz tierra del trópico a una vuelta a la simplicidad original, al rudo trabajo del campo. La utilización del tema de «menosprecio de corte y alabanza de aldea», de clarísima raíz clásica, virgiliana y horaciana, es superada por una sincera nostalgia del trópico, que el exiliado londinense logra comunicar. Asimismo, la comunión de intereses e ideas con los dos autores latinos: la fe en la bondad esencial del mundo natural, reino de inocencia y bienestar capaz de colmar las demandas de un continente ansioso por ingresar en el mundo moderno. El rechazo de las discordias civiles, de las guerras que habían asolado su país, conduce a Bello a considerar su obligación moral el ahorrarles a las jóvenes generaciones las seducciones e intrigas de los centros de poder. Las guerras y el tráfigo ciudadano traían el caos que tanto odiaba el poeta; la selva era, paradójicamente, la imagen del orden y la paz: allí estaba el futuro. Trabajar la tierra, practicar la libertad y evitar las menudas ambiciones de la lucha política constituían el ideal de Bello. Encontró en las palabras de Horacio y Virgilio el mejor cauce para su sentir y su pensar. De ellos entresacó diversos fragmentos que entretejió, dando a su tapiz el sustento de una larga tradición de mil ochocientos años.

La invocación a la tierra natal que abre el segundo núcleo es recuerdo de los versos *Georg.* 2.136ss. que inician la alabanza de Italia. En ellos ni la tierra de los medos, ni la India, ni ninguna otra tierra puede competir en alabanzas con la patria de Virgilio. Así en Bello:

Mas ¡oh! ¡si cual no cede
 el tuyo, fértil zona, a suelo alguno,
 y como de natura esmero ha sido,
 de tu indolente habitador lo fuera! (vv.59-62)

La continuación de la silva americana sigue la tradición horaciana, pero también la geórgica del libro II 458-466 y 495-511, en la que se rechaza explícitamente las discordias civiles (*o fortunatos... / agricolos, quibus ipsa procul discordibus armis*, 2.459), la ambición por el oro y el lujo que lleva al asesinato y el abandono del campo (vv.461ss.) o vv.505-512:

*hic petit excidiis urbem miserisque penatis,
 ut gemma bibat et Sarrano dormiat ostro;
 condit opes alius defossoque incubat auro;
 hic stupet attonitus rostris, hunc plausus hiantem
 per cuneos geminatus enim plebisque patrumque
 corripuit; gaudent perfusi sanguine fratrum,
 exsilioque domos et dulcia limina mutant
 atque alio patriam quaerunt sub sole iacentem.*

Todas estas son las actitudes que el venezolano rechaza en su silva (70-83):

¿Por qué ilusión funesta
 aquellos que fortuna hizo señores
 de tan dichosa tierra y pingüe y varia,
 al cuidado abandonan
 y a la fe mercenaria
 las patrias heredades,
 y en el ciego tumulto se aprisionan
 de míseras ciudades,
 do la ambición proterva
 sopla la llama de civiles bandos,
 o al patriotismo la desidia enerva;
 do el lujo las costumbres atosiga,
 y combaten los vicios
 la incauta edad en poderosa liga?

Incluso algunos de los sintagmas utilizados por Bello son tomados de las *Geórgicas*, verbigracia «tierra pingüe», muy frecuente en Virgilio (*Georg.*2.203). En las técnicas descriptivas de Virgilio halló Bello un arte insuperable de manejar el adjetivo como medio definitorio y expresivo del objeto representado. Pensamos, entre otros ejemplos, en los *picti squalentia terga lacerti* de *Georg.*4.13, o en *amicos imbris* de *Georg.*4.115, que es reflejado en las «auras amigas» de Bello. Las personificaciones virgilianas tendrán gran éxito en *La Agricultura*: «el sol enamorado», el maíz jefe altanero de la tribu de espigas o la «caña sedienta».

El desarrollo que sigue es, asimismo, un tema virgiliano. La alabanza del campo y su idealización son el tema fundamental de Bello, tomado de *Georg.*2.513ss. Las imágenes: el lujo, el honor ruidoso, la grey de aduladores parásita, la regalada paz, la ausencia de rencores y envidias, el contento, el trabajo, el aire puro, el rechazo de ornatos extranjeros, la modestia, la salud... están calcadas del citado pasaje de las *Geórgicas*, desarrollado aquí en una larguísima tirada de versos iniciada por la misma famosísima exclamación *o fortunatos nimium si bona sua norint, / agricolas* (*Georg.*2.458-459):

¡Oh! ¡los que afortunados poseedores
 habeis nacido de la tierra hermosa,
 en que reseña hacer de sus favores,

como para ganaros y atraeros,
quiso Naturaleza bondadosa!
romped el duro encanto
que os tiene entre murallas prisioneros.
El vulgo de las artes laborioso
el mercader que necesario al lujo
al lujo necesita,
los que anhelando van tras el señuelo
del alto cargo y del honor ruidoso
la grey de aduladores parasita,
gustosos pueblen ese infecto caos;
el campo es vuestra herencia; en él gozaos.
¿Amáis la libertad? El campo habita,
no allá donde el magnate
entre armados satélites se mueve,
y de la moda, universal señora,
va la razón al triunfal carro atada,
y a la fortuna la insensata plebe,
y el noble al auro popular adora.
¿O la virtud amáis? ¡Ah, que el retiro
la solitaria calma
en que, juez de sí misma, pasa el alma
a las acciones muestra,
es de la vida la mejor maestra!
¿Buscáis durables goces,
felicidad, cuanta es al hombre dada
y a su terreno asiento, en que vecina
está la risa al llanto, y siempre, ¡ah! siempre
donde halaga la flor, punza la espina?
Id a gozar la suerte campesina;
la regalada paz que ni rencores
al labrador, ni envidias acibaran;
la cama que mullida le preparan
el contento, el trabajo, el aire puro;
y el sabor de los fáciles manjares,
que dispendiosa gula no le aceda;
y el asilo seguro
de sus patrios hogares
que a la salud y al regocijo hospeda.
El aura respirad de la montaña,
que vuelve al cuerpo laso
el pedido vigor, que a la enojosa
vejez retarda el paso,
y el rostro a la beldad tiñe de rosa.
¿Es allí menos blanda por ventura
de amor la llama, que templó el recato?
¿O menos aficiona la hermosura
que de extranjero ornato

y afeites impostores no se cura?
 ¿O el corazón escucha indiferente
 el lenguaje inocente
 que los afectos sin disfraz expresa,
 y a la intención ajusta la promesa?
 No del espejo al importuno ensayo
 la risa se compone, el paso, el gesto.

Bello se dirige al lector invitándole a abandonar la ciudad y dirigirse al campo, donde le esperan venturas sin fin. Cada interrogación retórica es un núcleo temático en el que se exaltan un determinado valor o virtud de la vida del campo. Todos estos valores, a pesar de ser tópicos y universales, son en Bello claramente virgilianos: la bienaventuranza, también formalmente coincidente con las *Geórgicas*, de los agricultores; la lejanía del lujo, de los falsos honores y de la grey parásita de aduladores; la libertad de no tener tales parásitos a cuenta; la calma, el contento de la vida retirada; la paz por la ausencia de envidias y rencores, los fáciles manjares –que recuerdan la Edad de Oro cuyos últimos vestigios Virgilio sitúa precisamente en la vida campesina–; el asilo seguro, la salud de la vida modesta y el trabajo; y volviendo hacia atrás en el texto geórgico, la belleza natural sin necesidad de ornamentos extranjeros.

El deseo profundo de que termine la guerra, el ansia de paz, es también punto de comunión con el poeta de las *Geórgicas*. El libro I termina con igual tono: la vuelta a la agricultura es la única salvación frente al horror de la guerra. Los agricultores armados de hoces deben sustituir las catervas armadas (vv.224-226): «Ya dócil a tu voz, agricultura, / nodriza de las gentes, la caterva / servil armada va de corvas hoces». La imagen está tomada de *Georg.* 1.508: *et curuae rigidum falces conflantur in ensemble*. Los versos siguientes alargan la imagen bélica de las tropas de agricultores (vv.229-235):

Mírola ya que invade la espesura
 de la floresta opaca; oigo las voces,
 siento el rumor confuso; el hierro suena,
 los golpes el lejano
 eco redobla; gime el ceibo anciano,
 que a numerosa tropa
 largo tiempo fatiga;
 batido de cien hachas, se estremece,
 estalla al fin, y rinde el ancha copa.

El léxico deja sentir una influencia virgiliana continua. El ave que «deja el caro nido, / deja la prole implume» (vv.236-237), recuerda el famoso ruiseñor de *Georg.* 4.511-513:

*qualis populea maerens philomela sub umbra
 amissos queritur fetus, quos durus arator
 observans nido implumis detraxit.*

El incendio en el bosque con «Alto torrente / de sonora llama» trae a la memoria las *flammis torrentibus* de *Aen.* 4.550. Finalmente, los versos 254-255, «sucede ya el fructífero plantío / en muestra ufana de ordenados haces», en los que Bello utiliza la palabra «haces» en su acepción latina, de *acies* «columna militar, hueste» que pudieran venir de *Georg.* 2.279-282, donde Virgilio compara las vides alineadas con el despliegue de las huestes de la legión romana:

*ut saepe ingenti bello cum longa cohortis
explicuit legio et campo stetit agmen aperto,
drectaeque acies ac late fluctuat omnis
aere renidenti tellus...*

Bello finaliza la silva dirigiéndose a su pueblo para ofrecerle como solución expiatoria la vuelta a la piedad de antaño, a los valores del campo, la genuina sobriedad del agricultor como único camino a la posteridad.

Las *Silvas americanas* de Bello se yerguen como puente entre la tradición clásica europea y la nueva poesía americana, orgullosas herederas de Horacio y Virgilio. Bello ha recreado no sólo el espíritu de las *Geórgicas*, sino también sus recursos retóricos, sus imágenes, su léxico y algunos de sus excursos. Los dos poemas de Bello constituyen una de las muestras más conspicuas de la pervivencia de las *Geórgicas* en nuestra literatura.

8. LA «SALUTACIÓN DEL OPTIMISTA» DE RUBÉN DARÍO (1905)

Uno de los poemas más famosos del padre del modernismo es el mejor ejemplo de hasta qué punto la Edad de Oro se ha identificado con Virgilio y sus *Geórgicas* a pesar del olvido de la fuente original en la mayoría de los casos. Nos referimos a aquellos versos que comienzan así: «Íncultas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda...», incluidos en el libro *Cantos de vida y esperanza, los cisnes y otros poemas*, Madrid 1905. De su tan celebrada «Salutación del optimista» nos interesan fundamentalmente las fuentes. Darío no ha recreado específicamente ningún texto clásico, ni ha tomado conscientemente ninguna técnica o modo de expresión literario de Virgilio. Sí ha apuntalado y apoyado ciertas ideas e imágenes sobre los pilares básicos de las *Geórgicas* y otros ecos clásicos en clarísima elección estilística personal por el mundo clásico, por su proyección hacia el futuro. En *Cantos de vida y esperanza*, Rubén Darío se ha despojado en parte de toda esa población mitológica que decora su mundo poético. Han quedado fuera también las princesas y las joyas raras, la fauna favorita de cisnes, águilas, abejas y palomas y la ornamentación preciosista. Persiste, sin embargo, el tono casi didáctico del siglo XVIII, la invitación al panamericanismo y la vuelta a los orígenes de la raza hispana en la línea de las *Silvas americanas* de Bello. La composición en verso libre indica un deseo de accesibilidad al alma de las muchedumbres –en palabras de Anderson (1967, pp.117-121), «versos sin rima, con rumor a hexámetro bárbaro». Es una imitación de los hexámetros dactílicos clásicos, versos fluctuantes entre 13 y 18 sílabas, con predominio de los de 17, y abundantes en cláu-

sulas dactílicas que los subdividen en hemistiquios variables, entre los cuales se destaca la combinación de heptasílabo y decasílabo (Saavedra 1935). La elección del hexámetro dactílico no es fortuita. El ritmo, el léxico, el tono general y los ecos clásicos, fundamentalmente virgilianos, hacen de este poema una pequeña joya de Virgilio.

Ya el primer verso remite a gloriosos precedentes épicos, Homero y, sobre todo, Virgilio. Canta al resurgimiento del espíritu latino y la razón de ser de los pueblos que hablan español, en espíritu cercano al de las *Geórgicas* y al libro IV de la *Eneida*, la profecía de Anquises a su hijo sobre el resurgimiento del pueblo troyano en Roma:

Íncultas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,
espíritus fraternos, luminosas almas ¡salve!

A pesar del aparentemente grandilocuente tono épico, el léxico es eminentemente geórgico. Ya la salutación «¡salve!» trae a la memoria el apóstrofe a Italia, *Georg.*2.173-174: *salve magna parens frugum, Saturnia tellus / magna uirum*. El adjetivo aplicado a las razas hispánicas, «ubérrimas», o a Hispania, «fecunda», son asimismo geórgicos.

Darío anuncia un nuevo reino, abominando los juicios pesimistas o desesperados. Pero no se ofrece, en principio, más ideal de conducta que un entusiasmo que se encienda a la vista de misteriosos anuncios del nuevo reino:

Porque llega el momento en que habrán de cantar nuevos himnos
lenguas de gloria. Un vasto rumor llena los ámbitos:
mágicas ondas de vida van renaciendo de pronto;
retrocede el olvido, retrocede engañada la muerte,
se anuncia un reino nuevo, feliz sibila sueña...

Aunque la mención de la sibila deja un regusto cristiano medieval del *Dies irae*, *dies illa*, la imagen se remonta en realidad a la *Bucólica* IV –cristianizada a su vez a través de los siglos–. Pues la única guía de conducta que Darío, como un nuevo Dante, va a ofrecer viene de la mano de Virgilio, y se anuncia una nueva Edad de Oro:

...y en la caja pandórica de que tantas desgracias surgieron
encontramos de súbito, talismánica, pura, riente,
cual pudiera decirlo en sus versos Virgilio divino,
la divina reina de la luz, ¡la celeste Esperanza!

El optimismo de la «Salutación» es forzado, nacido del espectáculo del propio fracaso, la guerra de 1898. Por eso, esta voz optimista se oye deformada por la careta de cartón que el poeta se ha puesto sobre el rostro triste, una careta maquillada con los acentos y los sonos virgilianos, los mismos sonos con los que el poeta latino intentó impulsar a sus conciudadanos a la vuelta a los antiguos valores romanos. ¿Por qué la nación española y sus vástagos americanos han de recobrar la iniciativa histórica? Apparentemente, por la decadencia de los demás pueblos, ante los cuales la fecunda estirpe hispánica es considerada heredera del Imperio romano:

Siéntese sordos ímpetus en las entrañas del mundo,
 la inminencia de algo fatal hoy conmueve la tierra;
 fuertes colosos caen, se desbandan bicéfalas águilas,
 y algo se inicia como vasto social cataclismo
 sobre la faz del orbe. ¿Quién dirá que las savias dormidas
 no despierten entonces en el tronco del roble gigante
 bajo el cual se exprimió la ubre de la loba romana?

Todo el poema es una desbordada acumulación de declamaciones casi fúnebres. Lo fatal, las sombras y la oscuridad dominan el centro del poema. En contraste, el inicio y el final son dominados por las imágenes luminosas, la esperanza y las referencias a Virgilio. Consigue así la simetría y regularidad propia de sus poemas (Paz 1990, pp.168-172, Alonso 1955, pp.381-397).

Tras el negro núcleo central se inicia la alabanza de la raza hispánica en comparación con otras, tal como Virgilio hiciera con Italia, *Georg.*2.135-142: ni los medos, ni el Ganges, ni el Hermo, ni Bactra, ni India, ni Pancaya, ni la han arado toros furiosos, ni guerreros. Para Darío, el vigor español no es comparable a otras culturas tan exóticas como las mencionadas por Virgilio:

No es Babilonia ni Nínive enterrada en olvido y en polvo
 ni entre momias y piedras, reina que habita el sepulcro,
 la nación generosa, coronada de orgullo inmarchito,
 que hacia el lado del alba fija las miradas ansiosas,
 ni la que, tras los mares en que yace sepulta la Atlántida,
 tiene sus vástagos, altos, robustos y fuertes.

La «Salutación del optimista» promete una nueva Edad de Oro virgiliana, especialmente geórgica, triptolémica, una vuelta a los genuinos valores de los padres primitivos, muy en consonancia con el panamericanismo de Bello, y también, en última instancia, con los versos finales de la *Oda* 3.6 de Horacio. La opción elegida, sin embargo, es la Edad de Oro geórgica de Virgilio. La mención inicial, el léxico y las referencias a la agricultura invitan a pensar así:

Únanse, brillen, secúndese, tantos vigores dispersos;
 formen todos un solo haz de energía ecuménica.
 Sangre de Hispania fecunda, sólidas, ínclitas razas,
 muestren los dones pretéritos que fueron antaño su triunfo.
 Vuelva el antiguo entusiasmo, vuelva el espíritu ardiente
 que regará lenguas de fuego en esa epifanía.
 Junto a las testas ancianas ceñidas de líricos lauros
 y las cabezas jóvenes que la alta Minerva decora,
 así los manes heroicos de los primitivos abuelos,
 de los egregios padres que abrieron el surco prístino,
 sientan los soplos agrarios de primaverales retornos
 y el rumor de espigas que inició la labor triptolémica.

Entre brillos, lenguas de fuego y espíritus ardientes, Darío incita a una vuelta a esa primitiva Edad de Oro, de eterna primavera y primeras labores agrícolas, cuyo verso final nos devuelve a uno de los iniciales de *Georg.* 1.19, en el que el *puer monstrator aratri* invocado por Virgilio no es otro que Triptólemo, el mítico descubridor del arado que luego habría de adornar todas las Edades de Oro.

Se cierra el poema en impecable simetría circular con el verso inicial. Antes de éste, una nueva alusión virgiliana, la profecía de Anquises a su hijo sobre el glorioso futuro de la estirpe troyana, *Aen.* 4.756-787, aplicada a la hispánica, en la que también juega con el significado de «alba», como primera luz del amanecer –y como tal aparece en la palabras de Anquises (6.761)–, y como la primera ciudad fundada por los troyanos en el Lacio (6.766 y 770)–. Sin perder el hilo unificador de la luz (o la esperanza), se une a lo anterior la muy famosa sentencia tacitea *ex Oriente lux* (*Hist.* 3):

La latina estirpe verá la gran alba futura:
 en un trueno de música gloriosa, millones de labios
 saludarán la espléndida luz que vendrá del Oriente,
 Oriente augusto, en donde todo lo cambia y lo renueva
 la eternidad de Dios, la actividad infinita.
 Y así sea Esperanza la visión permanente en nosotros,
 ¡inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!

Rubén Darío, siguiendo la estela de Bello, localizó un lugar ideal en América con retazos de *Georg.* (1.121-154: Edad de Oro; 2.136-176: *laus Italiae*; 2.465ss.: *laus ruris*), la *Bucólica* IV y Horacio, *Od.* 3.6. Dio a todo este entramado clásico de influencias una forma nueva, modernista, y un soplo de esperanza en el futuro, componiendo así uno de sus más imperecederos poemas.

9. CONCLUSIÓN

La Edad de Oro ha constituido un tópico frecuentadísimo en la literatura española. Los propios autores latinos que la trataron fueron muchos y variados, e incluso se mezcló con otros textos dotados de igual o parecida aura melancólica e idealizada, de Virgilio la alabanza del campo (*Georg.* 2.532-540) –en la que, por otra parte, Virgilio situó los últimos vestigios de la justicia propia de aquel paraíso primigenio– y la alabanza de Italia (*Georg.* 2.136-176), y de Horacio el *Beatus ille* y la *Oda* 3.6⁷.

En el panorama de la literatura española se han dado dos épocas doradas para el desarrollo de este mito, el Renacimiento y los siglos XVIII y XIX. Los motivos que ocasionaron la exuberante floración de la Edad de Oro son diversos, y suelen estar ligados al éxito de ciertos géneros. En el Renacimiento, a la conciencia de salir de una

⁷ Es el caso de la *Oda* III del «Libro II de los versos adónicos» de Francisco de la Torre (finales del XVI), *Obra Completa*, ed. de Cerrón, Madrid 1984, pp.155-156, recreación del *Beatus ille* horaciano (Menéndez Pelayo 1885, t. 1, p.31 y t. 2, p.38). Otro ejemplo sería el poema «Sátira a las damas de Sevilla» (Sevilla 1578-1579) de Vicente Espinel (Garrote 1989).

época oscura se une el deseo de volver a la pureza de tiempos pasados, simbolizados en el mundo grecolatino. Por otra parte, abunda en ello el género pastoril que tanta difusión tuvo en los siglos XVI y XVII: «Pastoral is an image of what they call the Golden Age» escribió Pope cuando comenzó su carrera literaria dedicándose a dramas pastorales⁸. La unión de la Edad de Oro con el género pastoril es característica de la literatura latina, mientras que está ausente del bucolismo griego (Rosenmeyer 1969, p.221). La utilización del tópico es, por lo general, tan extendida que hace inútil buscar las reminiscencias clásicas. Tiene la ventaja, como cualquier material tradicional al uso, de que se pliega siempre a las necesidades del momento. Un caso ejemplar es Fray Antonio de Guevara, en cuyas obras abunda la descripción de la Edad de Oro. Así, en el *Libro áureo* (Sevilla 1528), fol.LXX, la alusión se materializa en lo innecesario de la dote en aquellos comienzos gloriosos. En los preliminares del *Relox de príncipes* (Valladolid 1529) alaba el siglo de Saturno «porque carecía de hombres malos que le desdorasen»; en el capítulo XII del libro III sirve para exaltar el amor mutuo entre el príncipe y su pueblo; y en 1.31 se extiende fundamentalmente en una descripción casi bíblica de la Edad de Oro, que coincide para el autor con el tiempo anterior a Adán, para terminar exagerando la miseria del mundo actual y defendiendo la teoría, corriente en la Edad Media y en el Siglo de Oro, de la emanación divina del poder temporal del rey. En el *Aviso de privados* (Valladolid 1539), la mención tiene como objeto la docta ignorancia legal de los hombres de esa edad, o bien la frugalidad de la comida frente a los pantagruélicos banquetes cortesanos. Incluso los frailes –incorporando nuevos elementos– vivían de forma bien distinta en aquel tiempo (*Oratorio*, Valladolid 1542). Todo ello hace pensar que fray Antonio ha aprendido a hacer discursos sobre la Edad de Oro desde el comienzo de su formación retórica (Blanco 1994, p.256), aprovecha la tradición y se sirve de ella, olvidando las fuentes originales. Los autores renacentistas «usaron y abusaron» de la Edad de Oro para buscar en el campo y en lo pastoril un reflejo contemporáneo. La mayoría de las veces, las referencias a Edades Doradas o Siglos de Saturno no tienen más finalidad que establecer una cruda oposición entre tiempos antiguos y modernos, como una prolongación más de la pintura utópica de la Antigüedad.

En el Renacimiento, la oposición antiguo-moderno se complementa con la de campo-ciudad; en el siglo XVIII, y en algunos autores del XIX, pero deudores todavía del siglo anterior, siguiendo las teorías rusonianas de *El Emilio*, que había arraigado profundamente en la mentalidad de la época, a la anterior oposición se une la de bondad natural-malicia cultural⁹. En algunos autores hispanoamericanos, como Bello, se superpone la de América (representante de todos esos valores primigenios) frente a la vieja Europa. En este siglo, el renacimiento del género del poema di-

⁸ La cita está tomada de H. Levin (1969, p.7), que estudia los diversos orígenes y manifestaciones del mito de la Edad de Oro en los siglos XVI y XVII. Sin embargo, habría que hacerle dos objeciones: la escasa relevancia dada a las *Geórgicas* en la génesis del mito, y la casi ausencia de ejemplos de la literatura española.

⁹ Así es la Edad de Oro descrita por Cienfuegos (1764-1809) en su poema «A un amigo que dudaba de mi amistad porque había tardado en contestarle» (Cano 1969, pp.121-127). En ella llega a afirmar que «en el arado / nació la sociedad», vv.173-174, y se confunde a renglón seguido con una alabanza del campo y lo genuino de su bondad (Busquets 1995, pp.89-103).

dáctico, debido a la entrada en la poesía del siglo del utilitarismo y la servidumbre a los valores cívicos, favoreció también el desarrollo del mito, al haberse convertido en un tópico del género.

Es, pues, un viejo tópico que alcanza a expresar un sentimiento universal, la creencia, necesaria para la mayoría, de una etapa en la que la humanidad fue totalmente feliz, y que algún día ha de volver. Este sentimiento, por universal, llega hasta nuestros días, aunque en algunos casos los poetas llegan a dudar incluso de su belleza, ya que no de su atractivo. Es el caso de Aurora Luque, que en su poema «Mito de las Edades», *Problemas de doblaje* (Madrid 1990), se muestra desengañada de tal creencia, para terminar así su composición:

Y después de perdernos en ciudades remotas
nos perderá la edad, que nunca fue de oro
y apenas si brillara algún instante...

Esta codificación y literaturización de los logros clásicos conlleva una desnaturalización de los mismos y, a pesar de que contribuye a su extensión, no constituye una imitación o inspiración directa de los clásicos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALONSO, A. (1955), «Estilística de las fuentes literarias de Rubén Darío y Miguel Ángel», en *Materia y forma en poesía*, Madrid, pp.381-397.
- ANDERSON IMBERT, E. (1967), *La originalidad de Rubén Darío*, Buenos Aires.
- BLANCO, E. (1994), *Fray Antonio de Guevara. Relox de príncipes*, Madrid.
- BUSQUETS, L. (1995), «Cienfuegos, *philosophe*», en *Estudios dieciochescos en Homenaje al profesor José Miguel Caso*, Oviedo, pp.89-103.
- CANAVAGGIO, J. (1966), «Propos de deux 'comedias' de Cervantes: quelques remarques sur un manuscrit récemment retrouvé», *BH* 68, 5-29.
- CANAVAGGIO, J. (1987), *Cervantes*, Madrid.
- CANO, J.L. (1969), *Poesías de N. Álvarez Cienfuegos*, edición, introducción y notas de J.L. Cano, Madrid.
- CARO, M. A. (1921), «Don Andrés Bello», en *Obras Completas. t. III. Estudios Literarios, Segunda Serie*, Bogotá, pp.105ss.
- CASTRO, A. de (1874), «La última novela ejemplar de Cervantes», en *Varias obras inéditas de Cervantes*, Madrid, pp.434-435.
- CLEMENCÍN, D. (1874), *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha de Cervantes*, edición e introducción de D. Clemencín, Madrid.
- CORREA, L. (1931), «Andrés Bello y Virgilio», *Cultura Venezolana* 110, 145-153.
- CRISTÓBAL LÓPEZ, V. (1980), *Virgilio y la temática bucólica en la tradición clásica*, Madrid.
- CRISTÓBAL LÓPEZ, V. (1986), «Nicolás Fernández de Moratín, recreador del *Arte de Amar*», *Dicenda* 5, 73-87.
- DURAND, R.L.F. (1972), *La Agricultura de la Zona Tórrida de Andrés Bello*, edición, introducción y notas de R.F.L. Durand, Valencia.

- ETTINGHAUSEN, E. (1996), «De Edad de Oro a Edad de Hierro: cabreros, caballeros, cautivos y cortesanos en el *Quijote*», *Edad de Oro* 15, 25-39.
- FUCILLA, J. (1953), «Ecos de Sannazaro y Tasso en *Don Quijote*», en *Relaciones hispanoamericanas*, *RFE* anejo 59, 27-37.
- FUENTES, C. (1994), *Cervantes o la crítica de la lectura*, Alcalá de Henares.
- GALLEGO MORELL, A. (1972), *Garcilaso de la Vega y sus comentaristas*, Madrid.
- GARROTE BERNAL, G. (1989), «La ‘Sátira a las damas de Sevilla’ de Vicente Espinel: del poema erótico al poema en clave», en *Eros literario*, Madrid, pp.77-88.
- GOIC, C. (1988), «El Siglo de Oro de Bernardo de Balbuena», en *Historia y Crítica de la literatura Hispanoamericana. I, Época colonial*, pp.400-405, Barcelona.
- GOIC, C. (1990), «Andrés Bello y la poesía romántica», en *Historia y Crítica de la Literatura Hispanoamericana. II, Del Romanticismo a Modernismo*, Barcelona, pp.93-105.
- GRASES, P. (1947), «Sobre la elaboración de una égloga juvenil de Andrés Bello», *Revista Nacional de Cultura* 65, 32-46.
- HATZFELD, H. (1966), *El Quijote como obra de arte del lenguaje*, Madrid.
- KÖHLER, E. (1976), «Wandlungen Arkadien; die Marcela-Episodie», en K. Garger (ed). *Euro-päische Bukolik und Georgik*, Darmstadt, pp.202-230.
- LEVIN, H. (1969), *The myth of the Golden Age in the Renaissance*, Ontario.
- MARASSO, A. (1954), *La invención del Quijote*, Buenos Aires.
- MÁRQUEZ VILLANUEVA, F. (1973), *Fuentes literarias cervantinas*, Madrid.
- MENÉNDEZ PELAYO, M. (1893-1895), *Antología de poetas hispanoamericanos. IV*, Madrid.
- MENÉNDEZ PELAYO, M. (1895), *Horacio en España. I*, Madrid.
- MURILLO, L.A. (1978), *Bibliografía fundamental de Don Quijote de la Mancha*, Madrid.
- MYNORS, R.A.B. (1969), *P. Vergili Maronis Opera*, Oxford.
- OROZ, R. (1966), «Andrés Bello, imitador de las bucólicas de Virgilio», en *Andrés Bello, 1865-1965*, Santiago de Chile, pp.74-95.
- OVIDO, J.M. (1955), *Historia de la literatura Hispanoamericana*, t. 1, Madrid.
- PAZ, O. (1990), «Sexo y muerte en la poética rubeniana», en F. Rico, *Historia y crítica de la literatura española. VI*, Barcelona, pp.168-172.
- PICÓN GARCÍA, V. (2005), «El tópico del *beatus ille* de Horacio y las imitaciones del Marqués de Santillana, Garcilaso y Fray Luis de León», *Edad de Oro* 24, 259-285.
- REY HAZAS, A. y SEVILLA, F. (1994), *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha de Cervantes*, edición e introducción de A. Rey Hazas y F. Sevilla, Alcalá de Henares.
- RODRÍGUEZ MARÍN, F. (1947), *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha de Cervantes*, edición e introducción de F. Rodríguez Marín, Madrid.
- ROSENMEYER, Th.G. (1969), *The Green Cabinet. Theocritus and the European Pastoral Lyric*, Berkeley.
- RUIZ ELVIRA, A. (1992), *Metamorfosis de Ovidio*, texto y traducción de A. Ruiz Elvira, Madrid.
- SAAVEDRA MOLINA, J. (1935), *Los hexámetros castellanos y en particular los de Rubén Darío*, Santiago de Chile.
- SCHEVILL, R. (1971), *Ovid in the Renaissance in Spain*, Hildesheim - New York (= Berkeley 1913).
- STAGG, G.L. (1985), «*Illo tempore*: Don Quixote’s discourse on the Golden Age, and its Antecedents», en *La Galatea de Cervantes cuatrocientos años después*, Newark - Delaware, pp.71-90.